

## Violencias estructurales y agendas corporales para la paz.

Jessica Castaño.

Abordar la construcción de la paz (o las paces) en Colombia requiere no solo de un conocimiento profundo de las causas y efectos de la expresión armada del conflicto social, sino también de los esquemas de pensamiento y acción que han estructurado la subjetividad de las y los colombianos y que potencian u obstaculizan el proceso de transformación nacional. Ha sido un error recurrente y un pensamiento ingenuo el creer que al firmar uno o varios acuerdos para la terminación de conflictos armados con grupos armados ilegales, en pocos años se tendría una sociedad en paz. Como ciudadanos hemos optado por “echarle la culpa” a quienes han tomado las armas, y hemos olvidado estratégicamente el papel que tiene cada palabra y cada acto en nuestra cotidianidad, ya sea para acentuar los conflictos y exacerbar la violencia, o para potenciamos como seres creadores de mejores realidades.

Según el Instituto Colombiano de Medicina Legal, el año pasado se registraron 81.500 casos de lesiones personales resultado de riñas, y en 2017 los asesinatos por violencia interpersonal pasaron de un 44% a un 67% en el caso de los hombres, y de un 24% al 40% en el de las mujeres<sup>1</sup>. Esto quiere decir que mientras se ha notado un descenso histórico en las muertes generadas por la guerra, las personas se siguen hiriendo y matando en las calles por situaciones de intolerancia que dan cuenta de la incapacidad de coexistir que hemos cultivado. Como resultado de lo insoportable que resulta la presencia o diferencia del otro, se han justificado históricamente prácticas como la mal llamada “limpieza social”, que en adelante se nombrará como “prácticas de exterminio”, y que es una clara expresión de aquello que en el Seminario hemos citado como violencia estructural.

Según Feierstein (2000), las prácticas de exterminio pueden explicarse a través de aquello que Foucault llamó la *sociedad de normalización*, lo que tiene que ver con procedimientos de disciplinamiento que hacen de los cuerpos productos dóciles, productivos, sanos, limpios y ante todo, obedientes. Siguiendo al mismo autor, la normalización actúa a partir

---

<sup>1</sup> El Tiempo. (12 de julio, 2017). La violencia interpersonal es la razón de 6 de cada 10 homicidios. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/justicia/delitos/cifras-de-violencia-en-colombia-en-2017-108130>

de la tipología binaria de mayoría/minoría, donde esta última “comenzará a relacionarse con los sectores que escapan a la “normalización” propuesta: discapacitados, enfermos, dementes, ladrones, holgazanes, grupos que por razones productivas, políticas o culturales, no logran ser aprehendidos por los conceptos de nación, ciudadanía o propiedad” (Feierstein, 2000, p. 22)<sup>2</sup>. Caben también en esta descripción aquellas personas que no se acomodan a los modelos de feminidad y masculinidad construidos por los regímenes patriarcal y heteronormativo, es decir, trabajadoras sexuales, personas trans, gais, lesbianas, entre otros.

Los órdenes patriarcal y heteronormativo, entonces, hacen parte de las violencias estructurales que continúan amenazando la estabilidad de los procesos de construcción de paz, ya que como se plantea en el informe “Mujeres y guerra”:

(...) las mujeres dejaron ver que los repertorios violentos están anclados y sustentados en visiones supremamente tradicionales sostenidas tanto por hombres como por mujeres. Estas visiones legitimadoras asumen el orden familiar y doméstico como natural, dado e inmodificable, y no como uno históricamente construido y, por tanto, sujeto a modificaciones (Grupo de Memoria Histórica, 2011, p. 345)<sup>3</sup>.

Estas visiones legitimadoras de la violencia no solo producen subjetividades femeninas de sumisión, sino también masculinidades violentas, que según Reardon (citado por Martínez, 2002)<sup>4</sup> están asociadas al sistema de la guerra y a la naturalización de la violencia que es supuestamente inherente a lo que implica asumirse hombre. Para ahondar en un caso específico que da cuenta de los efectos de estas formas de violencia estructural que se ha interiorizado, pero también de cómo es posible resistir a éstos, se cita entonces el caso de Las Guapas, un grupo de mujeres transgénero que ejercen el trabajo sexual en una calle de la plaza de mercado de Manizales. Ellas son un claro ejemplo de cuerpos a los que les fue impuesto el modelo de masculinidad hegemónica al nacer, pero que a lo largo de sus vidas

---

<sup>2</sup> Feierstein, D. (2000). *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

<sup>3</sup> Grupo de Memoria Histórica. (2011). *Mujeres y Guerra. Víctimas y Resistentes en el Caribe Colombiano*. Bogotá, D.C.: Ediciones Semana.

<sup>4</sup> Martínez, V. (2002). *Roles masculinos y construcción de una cultura de paz*. Recuperado de [http://www.berdingune.euskadi.eus/contenidos/informacion/material/es\\_gizonduz/adjuntos/rolesmasculinosyconstrucciondeunaculturadepaz.pdf](http://www.berdingune.euskadi.eus/contenidos/informacion/material/es_gizonduz/adjuntos/rolesmasculinosyconstrucciondeunaculturadepaz.pdf)

decidieron deconstruirlo y hacer de sus vidas un espacio de libertad al asumir una identidad de género que les hiciera más felices.

Este grupo de mujeres transgénero que buscan sobrevivir el día a día ofreciendo servicios sexuales, se enfrentan a la exclusión y a la injusticia desde una ciudad tan pequeña, conservadora y doble moralista como Manizales, que aunque es llamada actualmente como “el mejor vivero de Colombia”, muestra en los comportamientos de sus habitantes un elitismo notable y un afán de que sus habitantes se adecúen al supuesto modelo de civilidad que la ha caracterizado. Estas mujeres se han colectivizado y se han autonombrado como Las Guapas, haciendo alusión a la “berraquera” y valentía que expresan, y tal vez de forma inconsciente han ido mostrando que las calles de la plaza también deben ser espacios de paz y justicia, demostrando que aunque los seres humanos estamos coexistiendo con el conflicto de manera constante, “en nuestras relaciones predomina la cooperación, la necesidad y también el deseo de ayuda” (Hoyos, 2008, p. 77)<sup>5</sup>.

Entre sus estrategias más destacadas se encuentra la reapropiación del espacio que han logrado en la Calle de las Guapas, que es su lugar de trabajo y relacionamiento cotidiano, pero que es popularmente reconocida como un territorio habitado por los “anormales”: consumidores de sustancias, ladrones, sicarios, vendedores ambulantes, habitantes de la calle y trabajadoras sexuales. Esta calle anteriormente, según Castaño y Salazar (2017):

...era rotulada como “La Calle de la Penicilina”, haciendo alusión a un lugar “tugurial” e “infeccioso” habitado por abyectos. En este crisol, surge la expresión “Guapa”, ya que, como lo expresan algunas de ellas “estar parado por acá en una esquina, arriesgando la vida, la salud, arriesgando muchas cosas...eso es de Guapas” (Maryury López), “Guapas para pararse aquí a las tres de la mañana casi en pelota... hay que ser Guapa” (Maritza Ramírez) (p. 209)<sup>6</sup>.

Ahora ésta calle la ocupan ellas, Las Guapas, orgullosas mujeres con pene, y cada año se pinta allí un mural para continuar mostrándole a la ciudad que ellas son mucho más que las “putas que muestran mucha piel” en las esquinas y que obligan a los ciudadanos de bien a

---

<sup>5</sup> Hoyos, D. (2008). “Ética del cuidado: ¿una alternativa a la ética tradicional?”. *Discusiones filosóficas*, 9 (13), 71-91.

<sup>6</sup> Castaño, J. y Salazar, M. (2017). La Marcha de las Putas: sexualidad, control y resistencias. *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, (12), 201-219.

taparle los ojos a sus hijos e hijas para que no tengan que soportar la indecencia de “las del bajo mundo”. Además, experimentan con sus cuerpos para construir su propia versión de lo femenino, aumentando o reduciendo los volúmenes de sus figuras, mostrando aquellas partes que muchos no quieren mirar, mezclando colores en sus vestuarios y maquillajes, construyendo sus propios lenguajes para comunicarse entre ellas, y haciendo del humor y la alegría sus principales armas para la supervivencia cotidiana en medio del riesgo y la precariedad.

Las Guapas conformaron desde el año 2010 la Corporación Armario Abierto, desde donde luchan por visibilizar sus situaciones pero también por transformar sus condiciones materiales e inmateriales de existencia. Hoy son ampliamente reconocidas por distintos actores sociales e institucionales de la ciudad, a tal punto de convertirse en referentes al momento de hablar de los sectores poblacionales LGBT en Manizales. Aunque durante los últimos tres años cuatro de ellas han sido asesinadas y sus casos se han quedado en la impunidad, continúan luchando por arrebatarse los días a la muerte y hacer de este mundo un lugar más digno para vivir, donde sus cuerpos sean mucho más que mercancías vendibles.

Con esta experiencia que se ha descrito quiero mostrar, no solo que la violencia se ejerce de distintas formas que incluso encarnamos en nuestros cuerpos, sino que las agendas de paz deben ser también corporales. Como bien lo expresan Muñoz y Rodríguez (2013)<sup>7</sup>, una agenda renovada de la paz no solo debe centrarse en la disminución de las expresiones de la guerra y la violencia directa, sino que debe tener un foco claro hacia el respeto universal por los derechos humanos y la satisfacción de las necesidades humanas. En el caso de las mujeres trans latinoamericanas, que según la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2015)<sup>8</sup> el 80% de ellas no viven más de 35 años, vale la pena pensar que las agendas de paz deben atravesar nuestras corporalidades. Ellas han logrado romper con los regímenes sexopolíticos que les fueron impuestos, pero tal vez la ciudadanía en general aún sigue percibiéndolas como una amenaza o como una expresión de la inmoralidad humana.

---

<sup>7</sup>Muñoz, F. y Rodríguez, J. (2013). “Agendas de la Paz” En: *Manual de Paz y conflictos*. Recuperado de [http://www.ugr.es/~eirene/publicaciones/eirene\\_manual.html](http://www.ugr.es/~eirene/publicaciones/eirene_manual.html).

<sup>8</sup>Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). (2015). *Violencia contra Personas Lesbianas, Gay, Bisexuales, Trans e Intersex en América*. Washington D.C.: Organización de los Estados Americanos.

Si nuestros imaginarios de la paz no pasan por comprenderla desde su rostro más diverso, es probable que se continúen justificando los actos de violencia por intolerancia y terminemos convirtiendo nuestros territorios en campos de batalla que buscan la homogeneización de quienes los habitamos. Las organizaciones sociales, afortunadamente, emergen como claros de escenarios de disputa por los significados de la paz (o las paces), que no solo buscan transformar condiciones estructurales, sino que de forma consciente o inconsciente terminan afectando la subjetividad de quienes las conforman. Los relatos de Marceliano Moreno, Ostaciana Moreno, Floro, entre otros personajes de “El vuelo de las gaviotas” (2017) dan cuenta de ello, al igual que Las Guapas, que hace unos años ni siquiera sabían que como personas tenían derechos y hoy luchan fehacientemente por garantizarlos.

En torno a quienes habitan la Calle de las Guapas se ha generado todo un trabajo en red de organizaciones sociales de la ciudad que se ha hecho muy visible. No podrían catalogarse como *instituciones comunitarias para la paz* (Jaramillo, Castro y Ortiz, 2017)<sup>9</sup>, porque allí propiamente no se ha vivido la guerra, no se busca soberanía ni autonomía comunitaria propiamente, no buscan confrontar actores armados, ni han logrado desactivar la violencia que cada día aparece en la Galería. Sin embargo, vale la pena resaltar que desde esa calle se contribuye a repensar el territorio, se intenta gestionar la convivencia local entre agentes diversos, existen prácticas comunitarias y estrategias organizativas que se piensan a largo plazo (ya llevan siete años), son entramados sociales y de juegos de poder pues allí se dan formas de jerarquización y luchas por el espacio –donde las instituciones del Estado juegan un papel protagónico, lo que no quiere decir positivo-, y finalmente, desde esa calle es posible imaginar otros futuros posibles para las mujeres trans. Esta categoría, entonces, permite pensar que las prácticas de resistencia que se han configurado en esta zona de la ciudad, posibilitan un proceso local de construcción de paz que merece ser potenciado.

Los colectivos sociales que trabajan de manera articulada con otras organizaciones e instituciones en la Calle de las Guapas, construyen lo que Lederach (2008) ha llamado los

---

<sup>9</sup>Castro, F., Jaramillo, J. y Ortiz, D. (Eds.). (2017). *Instituciones Comunitarias para la Paz en Colombia: esbozos teóricos, experiencias locales y desafíos sociales*. Bogotá, D.C.: Universidad Nacional de Colombia. Documento sin publicar.

*espacios relacionales*, que dan cuenta de un enfoque del cambio social constructivo centrado en las relaciones. ¿A qué se refiere este enfoque? En palabras del autor:

He llegado a creer que la respuesta está en cómo enfocamos y entendemos los espacios relacionales en una geografía dada, en el tejido de la comunidad humanada definido a grandes rasgos como las relaciones entrecruzadas entre las personas, sus vidas, sus actividades, sus modalidades organizativas e incluso sus patrones de conflicto (p. 123)<sup>10</sup>.

En el momento en que las trabajadoras sexuales trans se unen con otros actores sociales y políticos clave, comienzan a potenciar esos espacios relacionales en sus propios territorios, pero siendo conscientes de la necesidad de adherir a otras personas a la lucha por sus objetivos. A pesar de las dificultades que acarrea trabajar en red, estas organizaciones han logrado ser flexibles y convertir la crisis en oportunidad, a tal nivel que distintas instituciones del orden local y regional tienen la mirada sobre sus situaciones, conflictos y amenazas, pero especialmente sobre sus potencialidades, propuestas y agenciamientos. Ellos y ellas son vivas muestras de que las prácticas de exterminio social, tan naturalizadas y legitimadas en el país, pueden ser destruidas de una vez y para siempre, dándoles la oportunidad a los sujetos anormalizados de que compartan sus lecciones de vida e inspiren a otros con sus tácticas de supervivencia que les mantienen en acción a pesar de las condiciones de injusticia y desigualdad que les rodean.

Para concluir, quisiera manifestar que las violencias patriarcal y heteronormativa configuran de uno y otro modo conflictos sociales a los que hay que prestarle atención, especialmente en el momento coyuntural que atraviesa el país, pues como es bien sabido, la construcción de paz no solo debe darse en los campos y selvas donde han estado mayormente los grupos armados, sino también en las calles de las ciudades y los pueblos, en los parques, al interior de las casas y las instituciones, y como se ha insistido, en los propios cuerpos de cada uno y cada una de nosotras. Cierro con una cita de Vincent Martínez que da cuenta del reto al que nos enfrentamos: “Necesitamos nuevas formas de culturas y saberes de cómo nos hacemos mujeres y hombres, y pedirnos cuentas por ello,

---

<sup>10</sup> Lederach, J. (2008). *La imaginación moral. El arte y el alma de construir la paz*. Bogotá, D.C.: Grupo Editorial Norma.

para estar atentos a quiénes dejamos al margen” (2002, p. 2). La construcción de paz y la justicia social son también poéticas, territoriales e incluso estéticas.